

CAPITULO XI.

CUITLAHUAC.

El tesoro.—Preparativos de marcha.—Pérdida del puente en la primera cortadura.—Cruel matanza en la segunda cortadura.—No es cierto el salto de Pedro de Alvarado.—La noche triste.—Popotla.—Tlacopan.—Totoltepec ó Nuestra Señora de los Remedios.—Pérdidas de los castellanos.—Parte de los castellanos de la rezaga se refugian en el cuartel.—Teocalhuacan.—Otitlaltepec.—Rindense los castellanos del cuartel.—Xoloc.—Azaquemecan.—Batalla de Otonpa.—Apan.—Hueyotlilpan.—Visita de la señoría.—Noticia de algunas pérdidas.—Entrada en Tlaxcalla.—Recoge Don Hernando el oro sacado por los soldados.—Alianza con la señoría de Tlaxcalla.

Iltecpatl 1520. Aceptado por unos y contradicho por otros, en junta de capitanes fué determinado salir de la ciudad aquella noche. Preponderaron como buenas razones, que durante la oscuridad se podrían ocultar los movimientos propios y sorprender al enemigo; además los indios no tenían costumbre de pelear en aquellas horas, y por otra parte se les suponía ocupados en las exequias

de sus reyes, tal vez fueron decisivas las predicciones del nigromante Botello, quien decía, que peleando Cortés de noche como con Narvaez, vencería; que Botello ó su hermano perecerían, así como algunos más, salvándose el general y otros muchos, pero que si de día se saltan no escaparía ninguno. (1)

Después de puesto el sol, Cortés mandó á su camarero Cristóbal Gúzman sacase de su aposento el acumulado tesoro, y le pusiera en una sala por medio de los tlaxcalteca. Aquel monton de oro costaba negros afanes á los castellanos y tristes padecimientos á los indios, en aquel momento era preciso abandonarle para salvar la vida, representaba sangre y lágrimas, y sangre y lágrimas debían cosechar los exactores. Reunidas las personas mandadas llamar por D. Hernando, les hizo presente estar ahí reunido lo correspondiente al quinto real, á su propia persona como capitán general, con las porciones de los de la Villa Rica; que teniendo que abandonar la ciudad, requería á los oficiales reales, Alonso de Ávila y Gonzalo Mejía, pusiesen en cobro lo perteneciente al rey, por ser de su cargo, á cuyo efecto ponía á su disposición siete caballos de los heridos y cojos. De lo suyo hizo cargar de barras de oro una yegua morcilla, la cual puso al cuidado de un criado, llamado Torrecicas. Requirió también á los alcaldes y regidores presentes de la Villa Rica, pusiesen en salvo el resto del tesoro; mas ellos respondieron no poderlo hacer por estar ya de camino. Entónces pidió á su secretario Pedro Hernández, le diese por testimonio, como no podía sacar ni guardar el resto del oro, consistente en setecientos mil pesos, y que siendo mejor le aprovecharan los soldados, que no los perros de los indios, hacía de ello donación á quien lo quisiera tomar. Avisada la hueste, los cautos tomaron piedras finas ó porciones cortas del codiciado metal; pero los codiciosos arrojaron de las alforjas hasta los objetos más necesarios, las rellenaron de oro, se cargaron cuanto pudieron y casi agobiados por el peso se incorporaron á las filas. (2)

La columna quedó organizada de esta manera. Llevaba la vanguardia Gonzalo de Sandoval, con los capitanes Antonio de Quiñones, Francisco de Acevedo, Francisco de Lugo, Diego de Ordaz,

(1) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XI.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Cartas de Relac. pág. 142.—Resid. de Cortés; Gonzalo Mejía, tom. 1, pág. 101.—Rodrigo de Castañeda, tom. 1, pág. 241. &c.

Andrés de Tapia y otros de Narvaez, con doscientos peones y veinte jinetes: iba en ella una puente de madera, labrada en el cuartel, destinada á dar paso franco sobre las cortaduras, conducida por cuatrocientos tlaxcalteca, encargados de cuidarla y defenderla en compañía de cincuenta soldados al mando del capitán Magarino. Regían la batalla ó centro, D. Hernando, Alonso de Ávila, Cristóbal de Olid y Bernardino Vázquez de Tapia con el grueso del ejército. Esta división era la pesada por contener muchos elementos heterogéneos: la artillería, tirada por doscientos cincuenta aliados y sostenida por cuarenta rodeleros: el fardaje conducido en hombros de los indios: los caballos cargados con la hacienda del rey, la yegua de Cortés, muchos macehuales llevando á las espaldas el oro de capitanes y soldados: las mujeres de la tropa, sirvientas ó mancebas, con Marina y dos hijas de Motecuhzoma, defendidas por trescientos aliados y treinta españoles: los prisioneros que no habían sido muertos, de los cuales eran los principales, Chimalpopoca y Tlaltecatzin, hijos del difunto monarca, Cuicuitzcatzin nombrado por Cortés rey de Aculhuacan, "y á otros señores de provincias y ciudades que allí tenía presos;" (1) es decir, las personas escapadas á la catástrofe de la tarde, porque aún podían servir de alguna cosa, bien como rehenes, bien para sacar otras ventajas. Mandaban la rezaga ó retaguardia, Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de Leon, con número competente de peones y un grueso de caballería, los más de los de Narvaez. Los aliados, cuyo número se hace subir á seis ó siete mil, fueron repartidos en las tres secciones. (2)

Por orden del general recorrió los aposentos Alonso de Ojeda, dando prisa á los remisos: encontró á Francisco dormido en una azotea, le despertó é hizo incorporarse en las compañías. Era poco antes de la media noche; había grande oscuridad y lloviznaba fuerte. Dejando en el cuartel encendidas algunas hogueras, cual si todavía velasen los cuerpos de guardia, el ejército comenzó á desfilar en si-

(1) Cartas de Relac. pág. 143.—Cortés afirma que sacaba, "á Cacamacin, Señor de Aculuacan, y al otro su hermano que yo había puesto en su lugar."—Respecto de Cacamatzin, el aserto del general es absolutamente falso; ya hemos visto establecido por buenas autoridades que había sido asesinado en el cuartel.

(2) Cartas de Relac. pág. 143.—Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—P. Sahagun, lib. XII, cap. XXIV.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. XI.—Gomara, Crón. cap. CX.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXI.

lencio, recojió al paso los destacamentos dejados en las puentes ganadas aquel día, llegando sin ser sentido á la primera cortadura de la calzada. El camino recorrido, saliendo del palacio de Axayacatl, no pudo ser otro que siguiendo en parte las tapias del teocalli mayor, ganando luego por la calle recta de Tlacopan: la cortadura ya en el fin de la isla y principio de la calzada, se llamaba de Tecpantzinco, y estaba colocada sobre la gran acequia que de N. á S. cruzaba sobre las calles del Puente de la Mariscala, Santa Isabel y S. Juan de Letran. Magarino con sus hombros colocó la puente sobre la cortadura, pasando tranquilamente la vanguardia y la batalla; mas como la puente no era muy ancha, el desfile se hizo con lentitud y de precision con algun ruido al paso de la artillería y de los jinetes. La ciudad estaba sumergida en profundo silencio, los guerreros indios dormían descuidados. Por acaso una mujer que iba á tomar agua descubrió la negra columna y para distinguirla le arrojó el tizon que en la mano llevaba para alumbrarse; cerciorada de lo que era, comenzó á dar gritos á los méxica, avisándoles como sus enemigos se iban secretamente huyendo. A las voces despertó una de las velas colocadas en un teocalli de Huitzilopochtli y comenzó á sonar con fuerza el *huehueltl* ó gran atambor de guerra; á los lúgubres sonidos, los sacerdotes veladores de los teocalli repitieron la señal con los instrumentos sagrados, y brotados entre las tinieblas aparecieron los guerreros méxica á vanguardia y retaguardia, y por ambos lados de la calzada sobre sus canoas en el lago. (1)

Ciutlahuac debió conocer ser el punto importante el Tecpantzinco y sobre él cargó un gran grueso de guerreros. Empeñose el combate con encarnizamiento, cerrando unos contra otros pié con pié; no obstante la diferencia de las armas, como los castellanos perdían las ventajas de la artillería y de las escopetas por estar estrechados, los méxica lograron contener el avance de sus contrarios cuando todavía no pasaba por la puente portátil toda la rezaga. Los ochenta jinetes de aquella división llevaban los heridos á las ancas por lo cual no podían maniobrar con soltura, así por el peso, como por lo estrecho del terreno. "Y estando de esta manera, carga tanta multitud de mexicanos á quitar la puente y á herir y matar á

(1) P. Sahagun, lib. XII, cap. XXIV.—Códice Ramírez. MS.—Fragmentos MS.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXI.

“los nuestros, que no se daban á manos unos á otros; y como la dicha es mala, y en tales tiempos ocurre un mal sobre otro, como llovía, resbalaron dos caballos y se espantaron, y caen en la laguna, y la puente caída y quitada; y carga tanto guerrero mexicano por acaballa de quitar, que por bien que peleábamos y matábamos muchos de ellos, no se pudo más aprovechar, della.” (1) Dueños los triunfantes méxica de la puente y arrojada al agua, la parte de la rezaga que aún no había pasado, quedó enteramente cortada, para escapar á una pérdida segura se abrió paso por entre la apiñada multitud de los enemigos y fué á encastillarse de nuevo en el abandonado cuartel.

El ejército quedó así aislado entre las cortaduras. La noticia de la pérdida de la puente cundió con notable rapidez del uno al otro extremo de la columna, difundiendo el mayor desaliento; lo inminente del peligro trajo el instinto de la conservación personal, perdiéronse orden, y disciplina, y cada quien pensó en salvarse sin acudir á la defensa comun. “Pues quizá había algun concierto en la salida, como lo habíamos concertado, maldito aquel, porque Cortés y los capitanes y soldados que pasaron primero á caballo, por salvar sus vidas y llegar á tierra firme, agujaron por las puentes y calzadas adelante, y no aguardaron uno á otro; y no lo erraron, porque los de á caballo no podían pelear en las calzadas; porque yendo por la calzada, ya que arremetían á los escuadrones mexicanos, echábanseles al agua, y de la una parte la laguna y de otra azuteas, y por tierra les tiraban tanta flecha y vara y piedra, y con lanzas muy largas que habían hecho de las espadas que nos tomaron, como partesanas, mataban los caballos con ellas; y si arremetía alguno de á caballo y mataba algun indio, luego le mataban el caballo; y así no se atrevían á correr por la calzada.” (2)

La mayor parte de la vanguardia tuvo tiempo de pasar las dos cortaduras restantes, como mejor pudo. El general con un trozo de

(1) Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Cortés nada dice acerca del término final de la puente portátil.—Gomara, Crón. cap. CX, asegura haber pasado el ejército sobre el primer foso y que quitada la puente fué colocada sobre la segunda cortadura.—Herrera, déc. II. lib. X, cap. XI, afirma que colocado el ponton en la primera cortadura no se pudo ya quitar porque se afirmó en el lodo del suelo.—Seguimos la autoridad de Bernal Díaz como la más autorizada en el caso.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXVIII.

peones, siguió el mismo movimiento: “é yo pasé presto, dice, con cinco de caballo, y con cien peones, con los cuales pasé á nado todas las puentes y las gané hasta la tierra firme.” (1) Quedó pues abandonado el centro, con la parte de la rezaga que no había tornado al cuartel. Siguiendo el impulso de la marcha, guiado por el instinto de buscar la tierra firme, empujado por los enemigos, aquel trozo se encontró delante de la cortadura de Tolteacalli. Impelidos los del frente por los de la retaguardia, el confuso tropel de castellanos y aliados, mujeres, caballos, artillería, macehuales cargados con el fardaje, comenzó á caer en el foso, bregando cada quien contra la muerte. La algazara de la pelea no ahogaba los gritos de apuro. Aquí uno que luchaba contra las aguas exclamaba: ¡Socorro que me ahogo! Allá un combatiente voceaba: ¡Aquí, ayuda, ayuda! El arreatado vivo para ser llevado al sacrificio decía: ¡Favor que me lleven! Las mujeres lanzaban gritos de angustia, los moribundos clamaban á Dios y á la Virgen sin mancilla; y á todo se mezclaban los denuestos de los méxica, y su grito de guerra y de furor. Fila tras fila fueron hundiéndose en la cortadura, hasta que colmada de despojos quedó allanada, y dió paso franco á los mermados restos de la division, compuestos de algunos peones denodados que habían sabido mantenerse juntos, y que con sus bravos capitanes iban todavía haciendo rostro al enemigo. En Tolteacalli fueron la mayor matanza y pérdida.

La tercera cortadura se nombraba Toltecaacalopan. Afortunadamente quedaba sobre ella una viga atravesada, por la cual se salvaron algunos, y muchos más se salvaran si no sobrevinieran los méxica en persecucion de los fugitivos. Unos cincuenta peones, entre los cuales se contaba Bernal Díaz, manteniéndose unidos lograron defenderse y franquear el paso; escaparon igualmente pequeños pelotones de soldados animosos; el resto de la confusa muchedumbre, cayó en la cortadura, cegándola como la anterior, dando así paso libre al reducido número de quienes habían sobrevivido. De los últimos llegó á la orilla Pedro de Alvarado, capitán comandante de la rezaga; venía sólo y sin compañeros; desmontado, herido y cansado, se defendía contra una turba de guerreros; haciendo rostro con el valor que no puede disputársele, amparándose con espada y

(1) Cartas de Relac. pág. 143.

broquel, atravesó el foso por la viga, y recibido al otro lado á las ancas del caballo de Cristóbal Martín de Gamboa, pudo llegar salvo al fin de la calzada. (1)

Los fugitivos seguían la calzada adelante, calados por el agua, cubiertos de lodo y sangre, cansados, heridos muchos, murmurando de sus jefes que los habían abandonado. Gonzalo de Sandoval, Olid y otros caballeros gritaron á Cortés que iba delante: "Aguardad, señor capitán; que dicen estos soldados que vamos huyendo, y los dejamos morir en las puentes y calzadas á todos los que quedan atrás, tornémoslos á amparar y recoger; porque vienen algunos soldados muy heridos y dicen que los demás quedan todos muertos, y no salen ni vienen algunos." No obstante que D. Hernando contestó sería temeridad volver á las puentes pues ninguno saldría con vida, tornóse la calzada arriba con Sandoval, Olid, Avila, Morla, Gonzalo Domínguez y otros siete jinetes con algunos peones de los no heridos; no habían caminado mucho trecho cuando encontraron á Pedro de Alvarado, en compañía de siete soldados y ocho tlascalteca, todos heridos; preguntóle el general ¿si atrás quedaba

(1) Refieren unánimemente historiadores y poetas, que Alvarado: "clavó de firme su lanza en los objetos que asomaban sobre las aguas, se echó hacia adelante con todo el impulso posible, y de un salto salvó el foso. Los aztecas y tlascaltecas que le miraban asombrados y estupefactos, exclamaron al ver aquel salto incomprendible: "De veras este es Tonatiuh." (Prescott, tom. 2. pág. 51.)—Por tres siglos ha pasado esta relación por verdadera, contando en su apoyo no sólo el testimonio del comun de los escritores, sino también la tradición constante sostenida en el nombre de la calle del puente de Alvarado, en la cual existe aún, aunque debajo del piso, el puente del Salto de Alvarado. Queda aún al descubierto parte de la acequia que por bajo el puente pasaba, corriendo de N. á S. por entre los edificios. Todavía en 1834 vimos descubierta la acequia á uno y otro lado de la calle. El lado S. presentaba hacia 1847 un Jardín y casa de baños marcada con el número 24 bis; transformóse después en el Tivoli del Eliseo, en cuyo jardín se descubre aún parte de la antigua acequia. Por el S. tapóse la especie de portillo que ahí había por una pared pequeña y alta reja, construyéndose luego la casa marcada con el núm. 5. Pasaba por la calle el antiguo acueducto y el puente se manifestaba junto al Tivoli.

En verdad importa poco á la historia haber saltado ó no el capitán Tonatiuh; pero importa á la verdad no admitir errores, por insignificantes que parezcan. Por sí sólo se hace increíble el salto, y los pormenores que le acompañan, considerando, que perdido el caballo, Alvarado no podía conservar la lanza; que aunque retuviera el arma, ésta era muy corta para proporcionar el salto; que ejecutado en la oscuridad de la noche y en medio de una encarnizada pelea, mal pudieron admirarle azteca y tlascalteca.

alguna gente? respondió que nó, pues toda era pasada: con esta seguridad siguieron toda la calzada abajo, hasta llegar á Popotlan pueblo situado á la orilla del lago. (1)

A los primeros albores del Domingo primero de Julio, mientras los dispersos seguían tranquilamente para el cercano pueblo de Tlacopan, pues los méxica se habían retirado sin proseguir la persecución, D. Hernando descabalgó de su caballo, sentándose abatido sobre las gradas del teocalli, en espera de los últimos rezagados; pasaron todavía, aunque pocos, despedazadas las armas, maltratados, sosteniéndose á duras penas contra el cansancio y las heridas. Al recuerdo de cuantas desgracias le habían acontecido aquella infesta noche, no pudo ménos de conmoverse y derramó algunas lágrimas. (2) Presentárase á la mente su pasada grandeza, su ejército destruido y aniquilado su tesoro, sus planes frustrados de señoría, todas las visiones que en la prosperidad le fingía la imaginación, perdido de un sólo golpe, desaparecidas como un sueño realidades y mentiras en las tinieblas de la pesada noche. Desahogado un tanto y luego que volvió á tomar su tensión ordinaria su volun-

Quien primero negó absolutamente el hecho fué Bernal Díaz, cap. CXXVIII, quien entre otras cosas había escrito: "También digo que no la podía saltar ni sobre la lanza ni de otra manera, porque después desde cerca de un año que volvimos á poner cerco á México y la ganamos, me hallé muchas veces en aquella puente peleando con escuadrones mexicanos, y tenían allí hechos reamparos y albarradas, que se llaman ahora la puente del Salto de Alvarado; y platicábamos muchos soldados sobre ello, y no hallábamos razón ni soltura de un hombre que tal saltase. volvamos á decir desto del salto de Alvarado: digo que para qué porfían algunas personas que no lo saben ni lo vieron, que fué cierto que la saltó Pedro de Alvarado la noche que salimos huyendo, aquella puente y abertura del agua; otra vez digo que no la pudo saltar, en ninguna manera." &c.—El mismo sincerísimo cronista loco cit. explica el origen de la conseja en estas palabras: "Y porque los lectores sepan que en México hubo un soldado que se decía Fulano de Ocampo, que fué de los que vinieron con Garay, hombre muy plático, y se preciaba de hacer libelos infamatorios y otras cosas á manera de masepasquines; y puso en ciertos libelos á muchos de nuestros capitanes cosas feas que no son de decir no siendo verdad; y entre ellos, demas de otras cosas que dijo de Pedro de Alvarado, que había dejado morir á su compañero Juan Velázquez de Leon, con más de ducientos soldados y los de á caballo que les

(1) Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Proceso de Alvarado: Rodrigo de Castañeda, pág. 44; Alonso Morzillo, pág. 47.

(2) Oviedo, lib. XXXIII, cap. XLVII.—Gomara, Crón. cap. CIX.